

—Filosofía (dijo) al que la apura,  
en más suele decirle de una parte,  
cuál toma su corriente la natura

del divino intelecto, y por cuál arte;  
y á poco que tu física en su esencia  
repases, su lección puede explicarte

que el saber de natura es procedencia,  
cual del maestro el escolar; de forma  
que es de Dios casi nieta vuestra ciencia.

Y si buscas al Génesis por norma,  
verás que, por las dos, nace, se aumenta,  
ó su vivir la humana grey reforma<sup>7</sup>;

y que al vil usurero no contenta  
natura en sí, ni el arte le complace,  
y en bien diverso la esperanza asienta.

Mas de aquí vamos, pues andar me place;  
que los Peces ya mandan sus reflejos;  
y en la mansión de Coro<sup>8</sup> el carro yace,  
y la áspera bajada es de aquí lejos.—

## CANTO XII

Vencida la dificultad de la áspera bajada, llegan los Poetas al valle. En el primer espacio hay un río de hirviendo sangre, dentro del cual se castiga á los que quitaron la vida ó los bienes á sus semejantes. Una escuadra de centauros recorre las orillas del lago que forma aquella sangre, para vigilar si los condenados, sobre quienes cae una lluvia de flechas, tratan de salirse. Quieren al principio esos centauros oponerse á los Poetas: pero Virgilio los convence, y hasta consigue que uno de ellos los pase en su grupa al otro lado. De éste oyen, al pasar, los nombres de varios tiranos que están allí condenados.

El lugar del descenso que nos toca<sup>1</sup>  
agrio es asaz, y el guarda allí presente,  
miedo á la vista y al entrar provoca.

Cual la ruina, del Trento á la pendiente,  
que por temblor ó enflaquecer su base,  
del Ádige á turbar fué la corriente;

que al que del alto descender osase,  
entre hoyo y piedra, que fragor alterna,  
claro le ofrece, aunque tremendo, pase:

tal se muestra el bajar de esa caverna:  
y do punta el brocal rompido saca,  
se alzaba el que es de Creta infamia eterna<sup>2</sup>.

Y el concebido en la engañosa vaca,  
al contemplarnos, se mordió á sí mismo,  
como aquel á quien dentro la ira ataca.

Y mi sabio, afrontando su ferismo:  
—¿Piensas (gritó) que viene el rey de Atenas<sup>3</sup>  
que desde el mundo te lanzó al abismo?

Aparta, bestia, que de horror nos llenas;  
que éste, no de tu hermana por liciones<sup>4</sup>,  
sino por ver descende vuestras penas.—

Como el toro que rompe sus prisiones  
al hundirle el cuchillo, que ir no sabe,  
mas brinca ciego, en vagas direcciones,

tal hizo el Minotauro, y aquí el grave  
guía me advierte que la planta nueva,  
primero que de aquél la furia acabe.

Y bajamos, y no sin que conmueva  
mi pie el camino, y veces infinitas  
las piedras ruedan con la carga nueva.

Y pensando iba yo, y él:—Tú meditas  
(dijo) sobre esa ruina que es guardada  
por esas que apagué furias malditas.

Y sabe que otra vez en la bajada  
que emprendí de este sitio al bajo infierno,  
se mostraba la peña aun no arruinada.

Mas ha poco que Aquel, si bien discierno,  
vino la insigne grey, de culpa exenta,  
del cerco á Dite á arrebatár superno<sup>5</sup>.

Por doquiera la valle macilenta  
tembló tal, que pensé que entero el orbe  
sentía el fuerte amor, del que se cuenta

que hizo el mundo del caos que le absorbe<sup>6</sup>.  
Y ese instante<sup>7</sup> esta roca y otras hiende  
aquí y allá, sin que poder lo estorbe.

Mas observa en el val; que ya se extiende  
el río de la sangre, do se inferna  
al que violento á los demás ofende.

¡Oh loco impulso de la rabia interna,  
que así en la vida corta nos aguija,  
y nos para tan mal luego en la eterna!

En un foso mi vista aquí se fija,  
con circuito que inmenso espacio abraza,  
á do quiere el rector que el pie dirija.

Y á la margen del círculo que traza,  
centauros corren, de saeta armados,  
como cuando en el mundo iban de caza<sup>8</sup>.

Y viéndonos bajar, ellos parados  
quedan; y á tres adelantarse miro  
con arpones, ya de antes preparados.

Y uno gritó de lejos:—¿Á cuál giro  
del Orco vais los que vencéis la cuesta?  
Desde ahí lo decid, ó el arco estiro.—

Y mi maestro:—Pronto la respuesta  
daremos á Quirón, no á ti, que opreso  
fuiste de frenesí que bien te cuesta.—

Luego dijo, tocándome:—Ese es Neso,  
el que murió por Deyanira hermosa,  
vengándose, al morir, con crudo exceso<sup>9</sup>.

El de en medio, que al pecho el rostro posa,  
es el grande Quirón, ayo de Aquiles,  
y Folo aquél que aun de furor rebosa.

Y en torno al ancho foso van á miles;  
y á toda alma que alzarse un poco aspira  
sobre la sangre, agobian sus astiles.—

Cuando el ágil tropel cerca nos mira,  
Quirón toma una flecha, y con la coca  
de ambos lados la barba se retira.

Y así que ha despejado la gran boca,  
—¿No habéis visto (á los suyos les pregunta)  
cuál mueve el que atrás viene lo que toca?

El pie no hace eso de la grey difunta.—  
Y ya cabe su pecho mi buen duce,  
donde lo humano á lo animal se junta,

le dijo:—Cierto; es vivo y le conduce  
sólo mi diestra por la val sombría;  
que no deleite, mas deber le induce.

Y su Hosanna cortó la que me envía,  
por darme esta, en verdad, misión extraña;  
pues ni reo soy yo, ni él raza impía.

Mas por la que hoy de la infernal campaña  
mi pie las vías ásperas emprende,  
uno tuyo nos deja por compañía:

él los vados nos diga, y pase allende,  
caballero en su grupa, á mi pareja;  
que no es espirtu que los aires hiende.—

Y Quirón, vuelto hacia la diestra oreja,  
dícele á Neso:—Ve y escolta dales,  
y si hallas otra banda, tú la aleja.—

Y aquí, pronto del guía á las señales,  
fuimos lo largo de los mares rojos  
do gimen los bullidos criminales.

É inmensos vide hasta cubrir los ojos.  
—Esos (gritó el centauro) son tiranos  
que se dieron á muertes y despojos.

Llóranse aquí los hechos inhumanos;  
aquí Alejandro está, Dionisio el fiero,  
que dió á Sicilia días tan insanos:

ese, á quien negro pelo orna severo,  
es Ezelino<sup>10</sup>: el rubio allá profundo,  
Obizón de Este<sup>11</sup>; y es ya verdadero

que hijastro impío le mató en el mundo.—  
Y al vate me volví; y él me decía:  
—Ora monta el primero, yo el segundo.—

De allí á poco fijóse el nuevo guía  
en gente que del golfo sanguinoso  
hasta el cuello salirse parecía.

Y uno mostróme solo, silencioso,  
diciendo:—Ese rompió, de Dios delante<sup>12</sup>,  
el corazón al Támesis glorioso.—

Y otros vi luego, que del caldo humeante  
sacaban la cabeza, otros el pecho,  
y de esos gente conocí bastante.

Aquí bajaba el golfo su buen trecho,  
 pues cubría la planta solamente;  
 con que hubimos allí paso derecho.

Y dijo Neso:—Como el mar ardiente  
 ves de esta parte cada vez menguando,  
 sabe que de la opuesta va creciente,

y el fondo comprimiendo y agrandando  
 sube, y llega espumoso hasta do braman  
 los impíos tiranos y su bando.

Y la eterna justicia allí proclaman  
 Atila, que del mundo azote ha sido,  
 y Pirro y Sesto; y lágrimas derraman

que les saca el dolor del cuerpo hervido,  
 Corneto y Pazo<sup>13</sup>, cuyo escudo adorna  
 blasón de salteador y de bandido.—  
 Dice, y al vado su atención retorna.

## CANTO XIII

Pasa el Poeta al segundo compartimiento, donde son castigados los suicidas; esto es, los violentos contra sí mismos, y los que disiparon su propia fortuna. Los primeros están transformados en nudosos árboles, en que hacen su nido las Harpías. Los segundos se ven perseguidos por perros hambrientos que los despedazan. Encuentra á Pedro de Viñas que les refiere el motivo por que se mató, y cuáles son las leyes de la divina justicia respecto de los delincuentes de su género. Luego ve á Lano, güelfo y natural de Siena, á Jacobo de Santandrea, paduano, y á otro florentino que se ahorcó en su propia casa.

Neso á la opuesta orilla aun no tocaba,  
 cuando por bosque espeso nos entramos,  
 que ni el menor lindero dibujaba.

No agita esbeltos, sino tuertos ramos:  
 da por frutos espinos y veneno:  
 negras las hojas son que en él miramos.

No las fieras que ahuyenta el campo ameno  
 de Checina<sup>1</sup> á Corneto, se aposentan  
 de más lóbregos antros en el seno.

Allí sus nidos las Harpías sientan  
 que con anuncio triste á los troyanos  
 de las islas Estrófadas<sup>2</sup> ahuyentan.

De alas grandes, de cuello y rostro humanos,  
garras tienen y vientre ancho y plumoso;  
y aúllan en los árboles insanos.

Y me dijo el maestro bondadoso:  
—El pie ya en el segundo espacio pones,  
é irás siempre por él hasta el penoso

del horrendo arenal<sup>3</sup>. Y si dispones  
á observar tus sentidos, verás cosas  
que posibles te harán mis descripciones. —

Yo escuchaba doquier voces llorosas  
sonar, y quién las daba no veía;  
conque paréme en dudas temerosas.

Y juzgué que el pensó que yo creía  
que entre esos troncos mueve lenguas tantas  
gente que de nosotros se escondía.

Por eso él exclamó:—Si de esas plantas  
la rama más sutil tronchar quisieres,  
verás cómo tu juicio actual quebrantas. —

Y avancé el brazo á los leñosos seres,  
y un ramillo tronché de un grande pruno,  
y el tronco me gritó:—*¿Por qué me hieres?*

Y al volverse después, de sangre bruno;  
—*¿Por qué (volvió á gritar), di, me laceras?*  
*¿No tienes de piedad instinto alguno?*

Hombres fuimos, si hoy plantas lastimeras:  
más piadosa tu mano ser debía,  
aunque hubiéramos sido sierpes fieras. —

*¿No viste verde leño, mientras ardía  
del un cabo, chirriar de la otra punta,  
porque el aire compreso despedía?*

Pues así de esa planta sale junta  
con la sangre la voz, y yo contristo,  
dejé el ramo caer, la faz difunta.

Y le dijo mi sabio:—Si previsto  
por él, alma ofendida, ser pudiera  
lo que sólo en mis versos haya visto<sup>4</sup>,

hoy contra ti su mano no extendiera;  
que á lo que ya me pesa le he incitado,  
por lo que de increíble el caso hubiera.

Dile, pues, quién tú fuiste, y compensado  
serás, con que tu nombre hora renueve  
allá en el mundo, á do volver le es dado. —

Y el tronco:—Tu decir tan dulce y leve,  
me impulsa á hablar; y sufre si más graves  
mis ecos son de lo que el labio debe.

Soy yo aquel<sup>5</sup> que teniendo entrambas llaves  
del corazón de Federico, usólas  
ya cerrando, ya abriendo, tanto suaves,

que más sus confianzas fueron solas;  
y fuí de mis funciones tanto onusto,  
que rudas mi salud de sobra hallólas.

La meretriz<sup>6</sup> que del palacio augusto  
nunca apartó los ojos licenciosos,  
corrupción de las cortes, muerte y susto,

inflamó á todos contra mí animosos,  
y al César todos contra mí inflamaron,  
mudando en luto honores tan gloriosos;

conque el ánimo mío así irritaron,  
que, por huir de la vergüenza el ceño,  
contra mí justo<sup>7</sup>, injusto me tornaron.

Por las raíces nuevas de este leño,  
júrote que á la fe y amor profundo  
no falté nunca de tan digno dueño.

Y si de ambos volviere alguno al mundo,  
mi memoria restaure, aun empañada  
de la calumnia vil al soplo inmundo.—

Aguardó el vate, y luego:—Pues callada  
es la voz (dijo) al tiempo da provecho,  
y habla y pregunta más, si más te agrada.—

Y respondí:—Demanda lo que al pecho  
imagines tú mismo que más place,  
que yo no puedo, de piedad deshecho.—

Y él:—Pues mientras el hombre satisface  
libre lo que perdiste en voz amiga<sup>8</sup>,  
tú, alma encarcelada, nos complace,

y di cómo el espíritu se aliga  
de los torcidos nudos entre el juego,  
y si hay quien de esos miembros se desliga—

Entonces sopló fuerte el tronco, y luego  
así se torna ese aire en voz infanda:  
—Respuesta breve ofreceré á tu ruego.

Cuando una alma feroce se desbanda  
del cuerpo que por propio esfuerzo suelta,  
Minos al cerco sétimo la manda.

Ella entre las malezas cae revuelta  
de la selva, no en parte prevenida,  
y cual grano germina allí de espelta.

Después en árbol montaraz crecida,  
las Harpías, paciendo de su hoja,  
por do causan dolor le abren salida.

Y cuando el alma el saco al fin recoja  
¡ay! no podrá vestirle, que no es dado  
al hombre recobrar lo que ímpio arroja.

Y por nosotros hasta aquí arrastrado,  
de su árbol cada cuerpo á la funesta  
eterna sombra yacerá colgado...!—

Aun era mi atención al tronco puesta,  
esperando escucharle nuevamente,  
cuando un súbito ruido nos molesta,

como el que escucha el cazador paciente,  
cuando á su aposte van puerco y jauría,  
y ya cerca crujir las ramas siente.

Y ve aquí un par hacia la izquierda vía  
desnudo y rasguñado, que volaba,  
con pie que matas y jaral rompía.

Y el de delante:—¡Oh muerte, ven (clamaba)  
ven ahora!—Y el otro, que atrasarse  
sentía:—¡Oh Lano<sup>9</sup>, en Topo (le gritaba)

no se ha visto tu planta así agitarse!—  
Y cuando sordo ya su ahogado suena,  
á un arbusto apretado va á estrecharse.

Detrás de ellos la selva hervía llena  
de hambrientos canes negros, más potentes  
que galgos á quien sueltan la cadena.

Esos al que paró clavan los dientes,  
su carne rasgan con furor insano,  
y se llevan los trozos aun calientes.

En esto mi guardián me asió una mano  
y al arbusto llevóme, que gemía  
por las sangrientas bocas, aunque en vano:

—De Santandrea<sup>10</sup>. ¡Oh Yago! (le decía)  
escudo hacer de mí, ¿qué te ha valido?  
¿Pues tu culpable vida es culpa mía?—

Cuando el vate á su lado fué venido:  
—¿Quién fuiste (dijo), que por brechas tales  
manas sangre y acento dolorido?—

Y él á nosotros:—¡Oh ánimas, que iguales  
á ver venís el lamentable estrago  
de que tanta hoja suelta da señales!

Al pie las recoged del tronco aciago.  
Yo fuí de la ciudad que en el Bautista  
mudó el primer patrón<sup>11</sup>, quien la dió en pag<sup>o</sup>

que fortuna en la guerra no la asista;  
y si de aquel el Arno cabe el puente  
aun no ofreciera restos á la vista<sup>12</sup>,

inútil fuera que patricia gente  
la levantara sobre firme basa  
del escombros que Atila dejó ardiente.  
Soy yo<sup>13</sup> el que en horca convirtió su casa.

## CANTO XIV

El compartimiento tercero del séptimo cerco, en que penetran ahora los Poetas, es una llanura de ardentísima arena, en que llueven continuamente copos de fuego. En él se castiga á los que hicieron violencia á Dios, á la naturaleza y al arte. Entre los violentos contra Dios figura Capaneo el Tebano. Siguiendo su camino, se encuentran después un riachuelo de sangre, y Virgilio describe el misterioso origen de éste y de los demás ríos infernales.

Del amor de la patria yo movido<sup>1</sup>,  
junté las hojas que dispersas vide  
al pie de aquél que calla enronquecido.

Vinimos luego al fin, do se divide  
el recinto segundo del tercero,  
que justicia con modo atroz preside.

Y porque bien narrar lo nuevo quiero,  
digo que á una llanura ancha llegamos,  
de aspérrima aridez, de aspecto fiero.

La ciñe el bosque de los negros ramos,  
como éste ciñe al lago sanguinoso.  
Allí en su misma linde el pie fijamos;

que de arena era el suelo, hondo, ardoroso,  
como aquel<sup>2</sup> do fijóse en otros días  
la libre planta de Catón famoso.

¡Oh vindicta de Dios, y cuál debías  
temida ser de los que oirán con dudas  
lo que ofrecióse á las miradas mías!

Rebaños muchos vi de almas desnudas,  
todas llorando asaz míseramente,  
sujetas á diversas penas crudas.

Supina yace en tierra alguna gente,  
otra es sentada en actitud penosa,  
otra anda sin parar eternamente.

Era la del andar más numerosa,  
y menos es la del forzado asiento,  
si bien mayor su queja dolorosa.

Por todo el arenal, con llover lento  
anchos copos de fuego descendían,  
como en los Alpes cae nieve sin viento.

Así vido Alejandro<sup>3</sup> que caían  
sobre sus tropas lenguas inflamadas,  
cuando á las indias tierras descendían.

Y discurrió, que al punto pisoteadas  
fueran, porque más pronto sus vapores  
extintos, que al del suelo acumuladas.

Tales bajan ahora estos ardores  
que encendiendo la arena, cual la yesca  
el pedernal, redoblan los dolores.

Y de las pobres manos es la gresca,  
que en llegar pronto aquí y allí consiste  
y en ir ahogando cada llama fresca.



Y exclamé yo:—Maestro, que venciste  
todo hasta aquí, menos la hueste dura  
que á cerrarnos salió la puerta triste,

¿quién es el alto aquél que no se cura  
del vivo ardor, y en su despecho abierto  
parece que ni el fuego le madura?—

Y él mismo entonces, viendo ya de cierto  
que dél yo hablaba á la pareja mía,  
gritó:—Como fuí vivo, tal soy muerto.

Canse Jove al ferrón de quien su impía  
mano arrebató la centella aguda,  
con que abrasóme en mi postrero día.

Y uno tras otro á los demás acuda,  
y en los hornos mongibelos<sup>5</sup> se meta,  
pidiendo á gritos de Vulcano ayuda.

Si con todas sus fuerzas me asaeta  
tan fiero cual de Flegra<sup>6</sup> en el combate,  
jamás de mí victoria habrá completa.—

Díjole entonces con acento el vate  
cual no le había de antes levantado:  
—Por tu altiveza, que ni aquí se abate,

Capaneo, te ves más castigado;  
que á suplicio mayor que el de tu rabia,  
no pudieras, soberbio, ser lanzado.—

Vuelto después á mí, con mejor labia:  
—Ese rey (dijo) de los siete ha sido  
que expugnaron á Tebas; y aun agravia,

cual entonces, á Dios, de furia henchido;  
mas, cual me oyó, su propio orgullo entero  
es galardón á su piedad debido.

Y ora me sigue, y cuida que ligero  
tu pie no pase al arrenal que escuece,  
y ande siempre del bosque en el lindero.—

Y callados llegamos do aparece  
brotando arroyo de la selva afuera  
cuyo rojo color aun me estremece.

Cual Bulicán<sup>7</sup>, de quien el agua espera  
repartirse la turba pecatrice,  
tal por la arena á aquél saltar se viera.

Y su fondo que muestra de silice,  
y la piedra del uno y otro lado,  
que el paso es por allí fácil nos dice.

—Entre cuanto á tu mente he descifrado,  
desde que entramos por la puerta aciaga,  
cuyo dintel á nadie le es negado<sup>8</sup>,

nada habrá que á tu juicio satisfaga  
como el río que ves aquí corriente,  
que todo fuego en su interior apaga.—

Esto dijo mi guía; y yo, impaciente,  
le pedí me abreviara darme el pasto  
de que las ganas alargó á mi mente.

—Yace en medio del mar país ya guasto  
(él empezó), que Creta se apellida;  
y fué bajo rey suyo el mundo casto<sup>9</sup>.

Allí es montaña, de antes florecida,  
con aguas y verdor, si por desuso<sup>10</sup>,  
hoy agria, escueta, á la que aun nombran Ida.

La cuna de su hijo allí dispuso  
Rea esconder; y por mejor consejo,  
con gritos encubrir su llanto impuso<sup>11</sup>.

De pie dentro del monte está un gran viejo<sup>12</sup>,  
y á Damieta da espaldas su figura,  
y ve á Roma de frente como á espejo.

De oro rico su testa brilla pura,  
su pecho y brazos son de plata fina,  
de bronce desde el pecho á la cintura,

y en fierro electo lo demás termina,  
sino el derecho pie, barro cocido  
do más pesa la mole, y más declina.

Todo, fuera del oro, está rompido  
de abertura que lágrimas provoca<sup>14</sup>,  
las que esa gruta juntas han fendido.

De su caudal, que al valle se derroca,  
Aquerón, Flegetón y Estigio nacen;  
y ésta, pasando luego estrecha boca,

van al llano sus ondas, y en él hacen  
las de Cocito; de que hablar me priva  
que has de verlas, y el ámbito que tracen.—

Y yo:—Pues si este arroyo se deriva  
así de nuestro mundo (le respondo),  
¿por qué vémosle sólo en esta riva?—

Y él respondió:—Bien sabes que redondo  
es este reino; y aunque asaz lanzarse  
pudo á izquierda tu pie, calando al fondo<sup>15</sup>,

aun no el cerco total llegó á pisarse;  
conque, pues cosas nuevas ver aún cuentas,  
no debe tu razón así admirarse.—

Y yo:—Maestro, oscuros me presentas  
Leteo y Flegetón; que callas de uno,  
y del otro que nace de aquí cuentas.—

—Eres, cierto, en tus cargos oportuno  
(dijo); mas el hervir del agua roja,  
pudiera bien desvanecerte alguno<sup>16</sup>.

Al Leteo verás, do el valle moja<sup>17</sup>  
en que á lavarse el alma arrepentida  
va cuando de la culpa se despoja.—

Y añadió:—Ven tras mí: ya la salida  
del bosque hacia el arroyo es tiempo se haga.  
Senda ofrecen sus bordes no encendida,  
y todo fuego en su vapor se apaga<sup>18</sup>.—